

curó imitar en todo lo que se había hecho cuando el matrimonio de Luis XVI, con la desgraciada María Antonieta. Príncipe alguno de los de la casa de Bonaparte ó de los que giraban á su alrededor faltó á la ceremonia que sólo deslució la abstención de los cardenales del Sacro colegio romano. Veintisiete eran los que á la sazón se encontraban reunidos en París, y muy pocos de ellos, naturalmente los franceses, ocuparon los bancos que se les había destinado. Cuánta hubo de ser la ira de Napoleon por esta protesta, por este arranque de dignidad personal, él que acababa de atropellarla en todos sin distinción de sexos, edades, categorías y clases, no dice lo que ocurrió al día siguiente.

Por una de esas interpretaciones de la moral tan raras y propias de los teólogos, los cardenales que no creyeron que en conciencia pudieran asistir á la iglesia, asistieron el día siguiente á la recepción de las Tullerías, en donde se les recibió como al más insignificante criado de la casa, y no es esto solo, no contento Napoleon con despedirlos sin recibirles, les prohibió el uso de la púrpura cardenalicia, les hizo confiscar sus bienes personales, y redujo sus emolumentos á una paga vergonzosa, enviándoles, por fin, por parejas confinados á varias provincias.

Que esto se lo merecían los complacientes é irresolutos cardenales, no puede negarse. Que Napoleon podía tratarlos como quisiera con toda impunidad, era evidente.

La caída del poder temporal del Papa, lo mismo que la excomunión lanzada contra Napoleon, no habían producido ni siquiera la menor sorpresa. El concilio ó reunión de obispos franceses congregados por Napoleon en París para determinar si no había medio legal, en vista de la intransigencia del Papa en precindir de él, había declarado que la excomunión lanzada por el Papa contra Napoleon constituía «un abuso de autoridad.» Ni estos obispos, ni aquellos cardenales, ni el Papa, cuando en 17 de Febrero de 1810 apareció el *senatus consulto* que abolía el poder temporal, declaraba provincias del imperio francés las del patrimonio pontificio y declaraba á Roma la segunda ciudad del imperio, nadie protestó, nadie alborotó, nadie para salvar su fe, sus ideales ó sus convicciones se adelantó á provocar la terrible ira del nuevo César romano. Todo esto era indudablemente debido á la cobardía del Papa, cuando la consagración del emperador, pero aun cuando fuera esto así, aun cuando tuvo razón el neo de Maistre en llamar entonces al Papa un «polichinela sin consecuencia,» lo cierto es que cuando se hun-

día el entero edificio católico, no había, en toda la catolicidad, quien se levantara en nombre de la Iglesia á protestar de los atropellos napoleónicos.

Claro está que esto se debe á que ya por aquellos días andaba el Papa y sus consejeros pensando sino valdría más imitar á Austria y convertirse en acólitos del imperio y del emperador. El archivo del Vaticano se iba trasladando á París al Hotel Goubine, la tiara y el anillo estaban ya en París y amén de su palacio en el punto del imperio que quisiera el Papa, se le ofrecía una dotación de dos millones. ¿Qué se proponía, pues, hacer Napoleon del Papa? Laveleye dice con razón:

«Todos los actos de Napoleon por este tiempo, independientemente desus confidencias de Santa Elena á menudo tan engañosas, están aquí de acuerdo con los hechos, y nos dicen de una manera bastante clara el régimen con que se proponía substituir Napoleon lo que acababa de destruir. Ese régimen era una especie de patriarcado oriental, en el cual el Papa, juramentado, pagado é inspirado por él, no hubiese sido mas que un grande funcionario del imperio, un colega de Cambaceres, una especie del archicanciller eclesiástico. «¡Qué palanca! ¡qué medio de influencia sobre el resto del mundo!...» decía más tarde con entusiasmo, al reflexionar sobre sus ideas favoritas de su tiempo respecto de la Iglesia. «Yo habría hecho, decía, del Papa un ídolo, y hubiera estado á mi lado, París se hubiera convertido en la capital del mundo cristiano, y yo habría dirigido el mundo religioso lo mismo que el mundo político...» «Habría tenido mis sesiones religiosas como tenía mis sesiones legislativas. Mis concilios hubieran sido la representación de la cristiandad, los papas no hubieran sido mas que los presidentes....»

«Por grandiosa que fuera esta concepción, padecía del vicio que anulaba todos los planes políticos de Napoleon, y que debía pronto ó tarde conducir su reino á un inmenso aborto. Está en real desproporción con sus fuerzas, era contrario al espíritu del tiempo, incompatible con la marcha constante de la civilización....»

«Napoleon al resucitar la antigua teoría imperial y pontifical, había en parte renovado las cuestiones de la época carolingia entre el Papa y el emperador. Desde las primeras cuestiones, la de las investiduras reapareció en la que concernía á la institución de los obispos. El Papa había rehusado, bajo diferentes pretextos, proveer los obispados vacantes, con lo que llenaba de confusión y el desorden al seno de los pueblos. Más tarde, en vista de las

representaciones de sus consejeros, había consentido en instituir á los obispos nombrados por el emperador, pero á condición de no hacer mención de ese último en las bulas de institución, lo que era en cierto modo negar en derecho la prerogativa que se quería reconocerle de hecho. Como consecuencia de su secuestro y cautiverio, negóse el Papa ya á toda institución, bajo cualquiera forma que fuera, alegando con razón que no era libre y que por lo tanto no podía llenar ninguno de los oficios del pontificado. El número de los obispados vacantes aumentó rápidamente, y muy pronto hubo de ellos veintisiete. El emperador aconsejado por hombres muy expertos en materia canónica, procuró un medio de evitar la dificultad, creyendo haberlo conseguido atribuyendo á los obispos nombrados y no instituidos, el título de vicarios capitulares.»

Pero con esto no salió de apuros, antes al contrario, por haber obrado con la impremeditación de siempre, fué á encender Napoleon en las diócesis vacantes una verdadera guerra entre el clero. Sabido es que los vicarios generales son elegidos por los capítulos, y muchas sedes tenían ya nombrados sus vicarios cuando les cayó encima el vicario nombrado por el emperador. Protestaron los capítulos, regañaron los futuros obispos al verse comprometidos inútilmente y todo quedó poco menos como en el estado de antes. Entonces volvió el emperador sus ojos al Papa que vivía dulce y tranquilamente en Savona, sin preocuparse ni poco ni mucho de su destierro y desgracia, como hombre que nada necesitaba y nada temía, y uno tras otro bombardearon al dulce é inofensivo Pío VII, los cardenales Fesch, Caprara, Maury, Spina y Caselli, para que se cediera y se buscara términos para una avenencia. Pío VII permaneció inflexible, y entonces el colérico Napoleon, dando rienda suelta á su despotismo, cargó sobre los Estados del Papa hasta reducirlos á verdaderas prefecturas francesas.

Redujo sus obispados en número de treinta á cuatro. Proporcional reducción sufrieron las parroquias de Roma, y para acabar con la nube de conventos—que cual si fuera de langostas—devoraban los Estados pontificios, principió por mandar á sus respectivos países á todos los monjes extranjeros, y luego por suprimir conventos, por lo que puso inmediatamente la mano sobre los bienes de mano muerta que valían más de 400.000.000 haciendo vender por 150, acabando, en fin, por imponer á las diócesis á los obispos nombrados, y como si todo esto no fuera bastante para señalar su ruptura con el jefe espiritual de la Iglesia católica, nombró

para el arzobispado de París al célebre abate Maury, al elocuente defensor del clero en la cámara constituyente de 1789, ahora ya cardenal, aun cuando para ello fué necesario apearse de dicho puesto al cardenal Fesch, quien á pesar de haber sido la providencia de los Bonapartes cuando nadie les conocía, se permitía en materias religiosas tener una conciencia menos ancha que la de su sobrino. Napoleon, como vamos viendo, trataba por igual á todos los príncipes de la tierra. Lo que le estorbaba lo derribaba aun cuando fuera necesario humillar ó poner su mano en su propia sangre.

No habría gran cosa que reprender en todo lo que en estos momentos hacía Napoleon contra la Iglesia romana, sino lo hiciera por vengarse pura y exclusivamente del Papa. Sentía á éste le resistía, que su poder se elevaba en frente del suyo, que nada había conseguido con ordenar que se trasladaran á París el colegio de cardenales, los tribunales eclesiásticos, los archivos del Vaticano, la tiara, etc., porque el papado quedaba en pié triste y solitario en Savona, pero en pié al fin, y lo que el quería precisamente era humillar al papado pero no destruirlo.

Sin embargo todo resultaba reprehensible por esta falta de medida que Napoleon ponía en todas sus cosas. Resuelto á tener un obispado sumiso y obediente, y juzgando, sin duda, que los príncipes de la Iglesia, como los temporales, tienen cariño á su bolsa, no se limitó á decretar el embargo de los bienes eclesiásticos, sino que puso su mano atrevida sobre los patrimoniales. Esta fué la orden que dió á Gaudin, ahora duque de Gaeta, y á esto llegaba en castigo de los que se negasen á prestarle juramento. Hé aquí la orden enviada á dicho personaje:

«Supongo que todos los obispos, curas, vicarios y canónigos habrán ya á esta hora prestado juramento ó estarán camino de Francia, y que sus bienes habrán sido confiscados por la Hacienda. En cuanto á los obispos es necesario que no sólo sean secuestrados sus bienes eclesiásticos, sino también sus bienes patrimoniales.»

«Al cabo de algunos meses, se contaban por centenares los desgraciados sacerdotes italianos deportados á la isla de Córcega ó internados en nuestros departamentos.»—Laveleye.

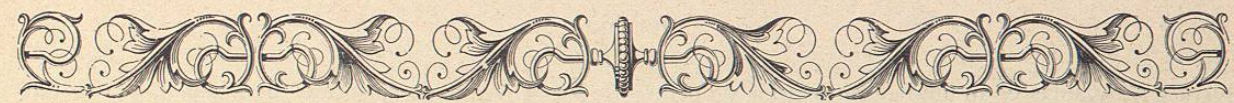
¿Consiguió con esto Napoleon quebrantar la resistencia del Papa? No. El pobre anciano se lo dijo al diplomático austriaco Lebzeltern, que el suegro de Napoleon tuvo la indignidad de mandarle para procurar un acomodamiento. «Lo hemos sacrificado todo á nuestros deberes. Somos viejos y no tene-

mos necesidades. No queremos pensiones ni honores. Las limosnas de los fieles nos bastarán. ¿Qué consideración personal podría distraernos de la línea de conducta que nos prescribe nuestra conciencia?»

Por esto sucede con él ahora y con Roma, lo mismo que sucedía á la sazón en España con José. Este después del ningún resultado que dió la campaña de Talavera, se creyó firme en su trono y la dió en publicar uno tras otro multitud de decretos liberales, muchos de los cuales tardaron aún

medio siglo en traducirse en leyes, consiguiendo sólo hacer aborrecibles reformas que todo el mundo apetecía; pero que nadie podía admitir viniendo de sus manos y menos estableciéndolos las bayonetas extranjeras tintas en sangre española.

Esto es, en suma, lo que consiguieron los dos hermanos, hacer antipáticas reformas y principios que la escuela liberal tuvo mucho que hacer para imponerlas, porque los pueblos tardaron largo tiempo en arrancar de su memoria la impureza de su origen.



CAPITULO XXIV

EUROPA EN 1810

Efectos del despotismo napoleónico.—Ocupa el norte de Alemania.—Indignidad del rey de Prusia.—Desdén con que acoge sus reclamaciones Napoleón.—Cómo pagó Francia en 1871 las humillaciones que había hecho sufrir á Prusia Napoleón I.—Situación de Holanda.—Luís y Luciano.—Escapa éste de Roma.—Resiste el rey de Holanda las órdenes de su hermano.—Amenaza Napoleón con anexionarse Holanda.—Exige que se pongan sus costas á disposición de Francia.—Quiere Luís resistir con las armas.—Menguado patriotismo de los holandeses.—Cómo quería Napoleón prevenir el escándalo.—El rey Luís en París.—Considérale Napoleón como su prisionero.—Manda Napoleón que sus soldados ocupen las fortalezas de Holanda.—Contraorden de Luís para que se resista á viva fuerza.—Hace depender Napoleón la existencia independiente de Holanda de la paz con Inglaterra.—Firma el rey Luís la convención que le propone su hermano.—Regresa á Holanda.—Encarga al banquero Labouchere que negotiate la paz entre Francia é Inglaterra.—Wellesley, el hermano mayor de Wellington ministro de Estado.—Cómo cayeron Canning y Castlereagh.—Niégase Wellesley á entrar en negociaciones.—El caso de Fouché.—Por qué se decidió á entrar por su cuenta en tratos con Inglaterra.—Echa mano de Ouvrard.—Apóyase éste en Labouchere.—Concesiones que hacía Fouché.—La cuestión del comercio neutral.—Dignidad de los Estados-Unidos.—Ordena Napoleón que Luís secuestre los buques holandeses que se han abanderado de americanos.—Ordénasele á Rusia.—Resisten una y otra potencia.—Energía del tsar, reprime la traición de Napoleón.—Infucua conducta de Napoleón en Francia con los neutrales.—Fouché considerando ya á Francia en guerra con los Estados-Unidos, propone á Inglaterra que se indemnice á expensas de sus antiguas Colonias.—Averigua Napoleón las inteligencias que median entre Labouchere y Ouvrard.—Ordena á Luís que le comunique la correspondencia diplomática.—Entérase Napoleón de lo hecho por Fouché.—Furor de Napoleón.—Destiéralo á Aix.—Savary, ministro de policía.—Efecto que causa su nombramiento.—Reaparecen las cárceles de Estado.—Terror del rey Luís.—Acércanse las tropas francesas á Amsterdam en contra de lo convenido.—Resuelve Luís abdicar y huir de Holanda.—Efecto desastroso que causa la escapatoria de Luís.—Anexionase Napoleón la Holanda.—Como fué Bernadotte quien dió el mayor disgusto á Napoleón.—Caída del rey Gustavo IV de Suecia: revolución de 1809.—Sus causas.—Guerra entre Suecia y Rusia.—Conquista de la Finlandia.—Triunfos del general sueco Klingspor.—Cruzan los rusos el mar Báltico en invierno.—Amenazan á Stockholm.—Desorganización del ejército sueco.—Motin militar del 13 de Marzo de 1809.—Expúlsase de Suecia al rey Gustavo.—Carlos XIII.—Paz con Rusia.—Adopta el príncipe de Angustenburg.—Ilusiones políticas de los escandinavos.—Muere de una apoplejía el príncipe: Mayo de 1810.—Acúsase á Fersen de su muerte.—Es asesinado.—Búscase un sucesor á Carlos XIII.—Consúltase á Napoleón.—Su torpe política y su ambición.—Declara que es su candidato el rey de Dinamarca.—Cómo nació la candidatura de Bernadotte.—El barón Mörner.—Acepta Bernadotte.—Menosprecia Napoleón tal candidatura.—Sácase partido de su indeferencia.—Bernadotte es elegido príncipe real de Suecia: 17 de Agosto de 1810.—Quiere Napoleón oponerse.—Es ya tarde.—Insolencia de Napoleón.—Cómo quiere Napoleón vengarse de Suecia.—Defiende Bernadotte su nueva patria.—Amenazas de Napoleón.—Situación de Suecia.—Sométese Suecia.—Declara la guerra á Inglaterra.—Cómo se sometió Rusia.—Prepárase para la guerra.—Últimas anexiones de Napoleón.—Cómo las defendía.—Escandalizase Europa.—Cómo se juzgaba en Francia á Napoleón.



UE Napoleón sabía hacer impopulares las mejores obras y acciones, y populares los actos y hombres más detestables, lo hemos visto de sobras, sin embargo, por estos mis-

mos días consiguió, con solo cebarse y no sin razón con Fouché, hacerlo popular. Este ex-terrorista y ministro de policía fué confinado á su senaduría de Aix nada menos que por haber negociado con Ingla-